

LAS CAPAS DE LA CEBOLLA (A VUELO DE PÁJARO SOBRE ALGUNAS CORRIENTES DE LA LINGÜÍSTICA EN EL SIGLO XX)

MAX ENRIQUE FIGUEROA ESTEVA

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Méjico

RESUMEN

Hasta bien avanzados los años 60 del siglo XX, ha sido más que notorio el sostenido esfuerzo por deslindar lo más rigurosamente posible lo *intralingüístico* de toda “sustancia contaminante”. Los grandes nombres son, sin duda, Saussure y Chomsky; pero podría agregarse una larga lista. Esa gran corriente, que de manera casi absoluta predominó por más de medio siglo, continúa ocupando una “plaza” central (ahora ya como generativismo, las más de las veces), aunque esta le sea cada vez más disputada por otras corrientes, a que también se refiere aquí el autor.

ABSTRACT

Deep into the 1960's, there was most notoriously a sustained effort to isolate as rigorously as possible an *intralinguistic* approach from any “contaminating substance”. The great names are, undoubtedly, those of Saussure and Chomsky, although a long list could be added. This vast trend, which almost indisputedly reigned for more than half a century, still occupies a central position among linguists (nowadays usually labelled as generative linguistics), although it finds itself under an intensified siege by other trends, also referred to by the autor in the article.

Si bien no debe adjudicársele con exclusividad el mérito de haber echado a andar la entonces revolucionaria lingüística estructural, fue sin duda Saussure quien –valga la redundancia– *sistematizó el enfoque sistémico en lingüística*. Pero además fue Saussure quien demandó, fundándose en lo que él entendía como una *necesidad metodológica*, ceñir la lingüística al estudio de la *langue*, vale decir, del sistema lingüístico mismo, excluyendo así de su ámbito la *parole*, es decir, el discurso, el uso comunicativo del lenguaje¹. Entendía sin duda el maestro ginebrino que ambas decisiones no eran sino una sola: para aprovechar la imagen que él mismo nos legó, al hablar del significante y del significado, digamos que veía él como “las dos caras de una hoja de papel” el tratamiento sistémico del lenguaje y el acotamiento de la lingüística como estudio de la *langue*. La admirable labor desplegada por el Círculo Lingüístico de Praga, sin embargo, nos pone en guardia, apenas una decena de años después de la aparición del *Cours*, contra aquella falacia, la cual, si bien resulta históricamente comprensible y ha sido de utilidad en muchos aspectos, sería un error asumir como dogma. El caso es frecuente en la historia de las ciencias: los avances cualitativos suelen acompañarse de restricciones disciplinares. Habría que verlas, empero, como provisionarias, como nacidas de la necesidad de “darse tiempo” para desplegar y organizar una nueva conceptualización, para mejor conocer y dar a conocer el nuevo “objeto” que cada nuevo enfoque científico engendra.

Poco más de quince años después de la publicación del *Cours*, un segundo gran sistematizador –esta vez del descriptivismo estructural–, Bloomfield, haría algo parecido: acotar la “lingüística” al estudio descriptivo de las “formas” físicas de las lenguas, excluyendo así lo atinente al significado lingüístico por considerarlo como no susceptible de tratamiento científico. De hecho, son reveladoramente similares los argumentos esgrimidos por los dos grandes lingüistas para justificar sus respectivas exclusiones: de la *parole*, en el caso de Saussure; de la semántica, en el caso de Bloomfield. Por supuesto, en estos casos hay que ver algo más que la “pura” necesidad científica de “armar” el nuevo “objeto”. La necesidad, ciertamente, existe. Pero el *modo específico* como se realiza el acotamiento no solo se deriva de las *exigencias teórico-metodológicas internas* de una renovada disciplina científica; resulta también, en medida igualmente decisiva, de

estos otros dos factores: las *necesidades o tareas prácticas inmediatas* que se les plantean a los lingüistas y el *marco teórico-metodológico general* en que se inspira, sustenta y enmarca el nuevo *enfoque teórico-metodológico particular* (si se me permite, distinguiré estos últimos como *marco filosófico* y *enfoque disciplinar*, respectivamente). En el caso de Saussure, el marco filosófico nacía de la conjunción del viejo positivismo con lo que cabría llamar, harto vagamente, el “sistematismo”, muy patente ya en pensadores como Hegel y Humboldt (y por supuesto en Marx). Saussure lo toma de muy diversas fuentes; pero de manera más inmediata se lo suministra el sociólogo Durkheim, sobre cuya noción teórica de “institución social” edifica Saussure la nueva lingüística que viene a proponernos. Siendo la preocupación central de los lingüistas en la Europa continental la “puesta al día” científica de las gramáticas tradicionales de sus lenguas, la tarea principal parecía consistir en romper los diques del historicismo dogmático del siglo XIX y volver a la descripción estática de los sistemas lingüísticos, que con mayor o menor acierto habían venido realizando, desde hacía siglos, aquellas gramáticas. En el caso de Bloomfield, el marco filosófico lo aporta otra versión actualizada del viejo positivismo: el conductismo. A diferencia de lo que ocurría en la Europa continental, donde empirismo y racionalismo habían venido estrechando cada vez más sus lazos (de Condillac a Marx, por mencionar dos casos muy sobresalientes), en los Estados Unidos de América se asumía de manera exclusiva, y hasta se radicalizaba en aquellos momentos, vulgarizándolo y empobreciéndolo, el legado empirista clásico. Sin embargo, la colosal tarea descriptiva que se les imponía a los lingüistas estadounidenses parecía justificar la autoexigencia de limitarse a las “formas” observables de las lenguas, sin recurrir a sus significados: había que *descubrir y describir* lenguas indígenas ágrafas y totalmente desconocidas (desconocimiento que incluía su historia y su filiación “genética”).

En su momento histórico, enfrentaba Saussure la tarea científica teórica de remontar dos obstáculos de bien ganado prestigio, ambos estrechamente asociados a la escuela de los *Junggrammatiker*, dominante desde su fundación en 1875: el historicismo y el sicologismo individualista. Definir la *langue* como “sistema” debía permitirle rebasar el primer obstáculo; definirla como una “institución social” le había de permitir rebasar

el segundo. Hay, sin embargo, cuando menos *cuatro interesantes contradicciones* en el pensamiento saussuriano, tal como nos llega a través de su *Curso* póstumo. Las cuatro tienen que ver con su definición de la *langue* como “institución social”. La *primera* de esas contradicciones puede presentarse así: el propósito de “remontar” el sicologismo (vinculado por Saussure a la *parole*) apoyándose en la sociología, queda a mitad de camino. En efecto, el marco que asigna Saussure a la *lingüística* es el de la *semiología*, presentada como proyecto disciplinar que, a su vez, se enmarcaría en la *sicología social*. La apelación, no a la sociología propiamente dicha, sino a la sicología social, repercute en toda su concepción de la *langue*: más que como una “institución social”, esta será inevitablemente concebida como una “institución” *sicosocial*. La *segunda* contradicción se deriva inmediatamente de la primera: el propósito “positivo” de tratar la *langue* como una dominante objetividad que se impone a los individuos que integran una comunidad social, queda también a mitad de camino. En efecto, se la reconoce, no como propiamente “objetiva”, sino como “intersubjetiva”. Queda así la “lengua” como suspendida en un limbo entre el cielo de lo objetivo y el infierno de lo subjetivo: en la medida en que es supraindividual y actúa “coercitivamente” sobre cada uno de nosotros, se acerca a la objetividad y a lo social; en la medida en que se le reconoce un carácter “síquico”, mental, permanece en el ámbito de lo subjetivo y lo psicológico. La *tercera* contradicción, tal vez la más escandalosa de todas, es la famosa definición del signo como “entidad síquica” cuyas “dos caras” serían, por ende, igualmente *síquicas*: tanto el significado como el significante. Las consecuencias de este aferrarse al siquismo son enormes, aunque particularmente notorias en lo tocante a la *fonología* o *fonémica*, que el propio Saussure estaba contribuyendo a crear: los signos, y por consiguiente los significantes, únicamente existen en nuestra mente (*colectiva, por añadidura*); la futura distinción entre fonética y fonología quedará, así, basada en la dicotomía *parole/langue*: *el habla no será sino una suerte de “trasposición” o “traducción” de lo que queda encerrado en el cerebro, de ninguna manera una secuencia de fonemas ni, muchísimo menos, una secuencia de signos*. Finalmente, he aquí la *cuarta* contradicción, reforzadora de la anterior y en la cual hay que encontrar la clave de la futura *glosemática* hjelmsleviana. La caracterizaré como negativismo saussuriano: sus famosas frases “*la lengua es forma, no sustancia*” y “*en*

la lengua no hay más que diferencias, sin términos positivos”, hacen énfasis definitivo en la separación tajante de *langue* y *parole*, de modo tal que, curiosamente, la primera viene a ser lo social “cuasiobjetivo”, pero a la vez enteramente síquico, en tanto que la segunda viene a ser lo individual subjetivo, pero a la vez enteramente físico, material. El sistema lingüístico queda, de esta manera, plenamente despojado de toda sustancialidad, reducido a pura “forma”, es decir, a estructura inmaterial o sistema de puras relaciones abstractamente consideradas².

Tanto en Europa cuanto en los Estados Unidos, desde los inicios mismos de la lingüística estructural se perciben dos *macrotendencias*, representadas en la primera por la contraposición *Saussure-Praga* y en los segundos por la contraposición *Bloomfield-Sapir*. Mientras que la corriente sapiriana y el Círculo Lingüístico de Praga (en cierto sentido, también la escuela genebrina, empeñada desde el primer momento en elaborar una *lingüística del habla*, así como la generalmente denominada “escuela soviética” y la a menudo llamada “escuela de la lingüística sociológica francesa”, importantes antecedentes ambas de la actual *sociolingüística*) representan, cada cual a su modo y con distintos énfasis, el afán de abarcar y asegurar los nexos del lenguaje con el medio social, la cultura y el ámbito de la significación, el saussurismo y el bloomfieldismo ortodoxos radicalizan progresivamente sus respectivos “formalismos” hasta desembocar, aquel en la glosemática hjelmsleviana, cuyo formalismo se manifiesta como un radical *antisustancialismo*, y este en el distribucionalismo harrisiano, cuyo formalismo se manifiesta como un radical *antisemanticismo*. Aunque interrumpidas por el doloroso episodio de la Segunda Guerra Mundial y el posterior desplazamiento de muchos valiosos científicos europeos a los Estados Unidos, la lingüística estructural y, en particular, la semántica estructural experimentan un importante desarrollo entre los años 30 y los 60, como lo atestiguan los éxitos y el prestigio ganados por los *neohumboldtianos* alemanes (cuyo relativismo lingüístico revela un sugestivo paralelismo con respecto a la llamada teoría de *Sapir-Whorf*, que tuvo su apogeo durante los años 40 y 50 en los Estados Unidos). Las corrientes dominantes en la lingüística estructural a ambos lados del Atlántico circunscriben la lingüística al estudio *sincrónico* (y a menudo *estático*) de lo que, andando el tiempo, llegará a conocerse como “núcleo duro”. Ha nacido la fonología

y, a partir de su modelo estructural, se trabaja asiduamente la morfología de las lenguas. El antisustancialismo saussuriano, en la Europa continental, deja fuera del ámbito estrictamente lingüístico la fonética, considerada como un estudio exclusivamente limitado a hechos de *parole*; por su parte, el antisemanticismo bloomfieldiano, en los Estados Unidos, deja fuera del ámbito estrictamente lingüístico la semántica, considerada como un terreno de incumbencia multidisciplinar y sólo, acaso, a muy largo plazo susceptible de someterse a un tratamiento rigurosamente científico. Al propio tiempo, la sintaxis, que ha recibido cierta atención en Europa y muy escasa atención en los Estados Unidos, sigue dominada por el llamado “*tope oracional*”: la oración es considerada (por ejemplo, según las clásicas definiciones de Meillet, en Europa, y de Bloomfield, en América) como la “máxima construcción”, más allá de la cual no habría sino un encadenamiento de oraciones en el habla o discurso.

Poco a poco, entre tanto, la maduración de las concepciones de la lingüística estructural revela un desplazamiento de las influencias que se reciben desde otras disciplinas científicas (en fonología el caso es muy claro): de un inicial influjo de la *sicología* a una creciente inspiración en la *lógica simbólica*. La influencia de esta disciplina resultará decisiva en dos direcciones: por un lado, para desembarazar la lingüística de los últimos vestigios de sicologismo; por el otro, para empujarla hacia una cada vez mayor formalización, es decir, para dotarla de un rigor y una precisión cada vez mayores en la *representación de las estructuras lingüísticas*. Los mismos lógicos que habían ejercido una relativa influencia entre los lingüistas, sin embargo, venían desde los comienzos del siglo interesándose en cuestiones que desbordaban la lógica hacia la filosofía. El positivismo lógico o neopositivismo, como acabó por conocerse, floreciente primero en el Reino Unido y más tarde en la Europa continental, particularmente en el Círculo de Viena, haría del lenguaje un objeto de interés central para el discurrir *lógico-filosófico*. Este tipo de preocupaciones nada tenía de nuevo: desde la antigua Grecia el lenguaje había sido objeto de interés central para la lógica y para la filosofía; más cerca, el empirismo británico le había consagrado una atención muy detallada al lenguaje, en especial a los *problemas que el uso del lenguaje podía acarrear a filósofos y a científicos*. Como el empirismo, y a diferencia del racionalismo, el neopositivismo no se interesa

tanto en *estudiar el lenguaje con herramientas lógicas* como en *estudiarlo como herramienta de la propia lógica y, por extensión, de la filosofía y de las ciencias*. El ambicioso proyecto neopositivista de elaborar un “*lenguaje unificado de la ciencia*” atravesaría, así, primero una “*etapa sintáctica*” europea, con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial; luego, trasladado ahora el peso fundamental de su quehacer a los Estados Unidos, una “*etapa semántica*”³.

También de enormes consecuencias para el desarrollo de la lingüística, la “*filosofía del lenguaje corriente*” generó la llamada “*teoría de los actos de habla*”, la cual constituiría el fundamento sobre el cual acabaría por edificarse una nueva disciplina: la pragmática lingüística. La pragmática lingüística parece deber su surgimiento y su impetuoso desarrollo a tres factores fundamentales, a saber: la explícita presencia de la pragmática en el modelo de la semiótica, tal como lo formularon Peirce y luego Morris; la “*teoría de los actos de habla*”, elaborada en el marco de la “*filosofía del lenguaje corriente*”; la débil situación de la semántica en el conjunto de los estudios lingüísticos, que apuntaba a la existencia de una especie de “*casilla vacía*” en el concierto de los estudios del lenguaje. Con respecto a esto último, es menester observar lo siguiente: mientras que en los Estados Unidos se mantenía vigente el “*tabú semántico*” entre el grueso de los lingüistas, en Europa la semántica había debido encajar en el molde de una lingüística saussuriana que la condenaba a moverse dentro de los estrictos límites de la *langue*. Situada, si se quiere, en el extremo opuesto al de la fonología en el abanico de las disciplinas lingüísticas centrales, le estaba faltando una disciplina complementaria en el lado de la *parole*: si la fonología, desde la *langue*, y la fonética, desde la *parole*, se complementaban en el estudio del *plano de la expresión* del lenguaje, resultaba a todas luces evidente que a la semántica, desde la *langue*, debía corresponderle, desde la *parole*, la disciplina complementaria para el estudio del *plano del contenido* del lenguaje. Esa disciplina, naturalmente, sería la pragmática⁴.

A lo ya dicho acerca de las fuentes de la pragmática lingüística hay que agregar todavía la siguiente observación: tradicionalmente, entre los filósofos, los lógicos y los lingüistas existieron vacilaciones en cuanto a cómo interpretar y manejar el significado; esas vacilaciones acabaron por cuajar en dos posiciones, que hoy conocemos como “*semántica intensional*” y “*semántica extensional*”⁵. Salta a la vista, entonces, por qué esta última posición

quedó tan estrechamente vinculada, en el siglo XX, al conductismo: en última instancia, para ella, “el significado es el uso”; más precisamente aun: los efectos del uso. La “semántica intensional”, pues, parecería quedar “encerrada” en la *interioridad* de la *langue* y la “semántica extensional”, por el contrario, “condenada” a la *exterioridad* respecto a la *langue*, vale decir, a la *parole* y su *contexto situacional*. Decir “exterioridad respecto a la *langue*” equivale en última instancia a decir: *localización más allá (fuera) del enunciado mismo de un emisor*. En dos palabras y un símbolo matemático: *enunciado + situación*. No es otro, en definitiva, el objeto de estudio de la pragmática. De esta manera, tal vez, la “semántica extensional”, que en cierto sentido constituyó de inicio un verdadero pivote en que originalmente se apoyaron los análisis del positivismo lógico, acabó por ser asimismo la llave maestra que permitió desbordar la *semántica de la langue* hacia una *semántica de la parole*, vale decir, hacia la *linguopragmática*.

Mientras la lingüística europea se afanaba en estudiar y describir las lenguas tomando en cuenta tanto el plano de la expresión como el plano del contenido, sin que faltasen además los lingüistas interesados en extender el método estructural a la diacronía ni tampoco los que se esforzaban en vincular las lenguas al medio sociohistórico e inmediatamente situacional, en los Estados Unidos una cantidad impresionante de lingüistas desarrollaba su labor, *en primer lugar*, atendiendo únicamente a las “formas” físicas y sin ocuparse para nada de semántica ni de aspectos externos a las estructuras lingüísticas mismas; *en segundo lugar*, y a diferencia de lo que habitualmente sucedía en Europa, *compartiendo una misma lengua materna* y de comunicación entre ellos, lo que les daba una clara ventaja; *en tercer lugar*, orientando buena parte de sus esfuerzos al análisis de su propia lengua, una de cuyas características más sobresalientes es su “pobre morfología”, lo que resultaba en la posibilidad de intercambiar criterios de manera expedita y elaborar colectivamente un aparato descriptivo uniforme; *en cuarto lugar*, en fin, encarando la compleja tarea de describir una abigarrada multitud de lenguas indígenas americanas. Fue esta última circunstancia la que obligó a dedicar tanto tiempo a la fonología y la morfología, y tan poco a la sintaxis. La simplicidad morfológica del inglés y el hecho de que este fuese, a la vez, lengua materna y objeto de estudio de todos ellos, en cambio, influiría cada vez más claramente en

los prevalecientes enfoques, métodos y técnicas de análisis de los lingüistas estadounidenses, tanto más así en la medida misma en que se fueran ocupando en cuestiones de *sintaxis*. Hacia el final de la década del 50, el *distribucionalismo* estadounidense había llegado al límite de sus posibilidades: las descripciones fonológicas, morfológicas y, bajo la cobertura de estas últimas, también ciertas descripciones sintácticas, llevaron a Z. S. Harris a formular y aplicar la noción de *transformación*, a reconocer la necesidad de rebasar el “tope oracional” y adentrarse en el estudio del *discurso*, e incluso a admitir la imposibilidad de llevar a cabo semejante análisis sin incorporar consideraciones *semánticas*. El resto de la historia es bastante bien conocido: su discípulo Chomsky, al acercarse a la problemática de las *transformaciones* y, por esa vía, ocuparse de manera central en cuestiones de *sintaxis*, introduce progresivamente una serie de novedades teórico-metodológicas que, en corto tiempo, consuman el corte epistemológico de la llamada “revolución chomskiana”. ¿En qué consiste ese “corte epistemológico”, ese radical cambio de punto de vista y, por ende, de problemática y objeto de la lingüística? Con todo lo importantes que indudablemente son las aportaciones e ingeniosidades técnicas del generativismo, y a pesar de sus casi increíbles capacidad y velocidad tecnológicas en materia de modificaciones sucesivas de sus aparatos formal y conceptual, queda en la base y en la esencia de la “revolución chomskiana” un cambio filosófico absolutamente fundamental: el que supone la sustitución de un enfoque de inspiración positivista por otro declaradamente neorracionalista. En primer lugar, el lenguaje es sacado sin contemplaciones del marco social y declarado, primero vagamente “*mental*”, luego definitivamente *biológico*, es decir, facultad natural innata del género humano; más precisamente aun: componente del “programa genético” del individuo humano. La imagen saussuriana queda así “invertida”: si para el ginebrino la *langue* es una “institución social”, que coercitivamente le viene impuesta *a posteriori* al individuo por el medio cultural en que se desarrolla y desenvuelve, y únicamente en calidad de tal la encontramos en cada “mente” individual, para Chomsky el embrión de la *competence* es una “facultad natural” con que cada individuo humano nace y se hace, puesto que, por así decir, viene ya al mundo “programado” por la naturaleza para hacer uso del lenguaje, y únicamente en virtud de tal la encontramos *a posteriori* como medio de comunicación en el medio sociocultural.

Frecuentemente, se nos ha querido inducir a creer que el marco filosófico chomskiano carece de pertinencia para enjuiciar, comprender y aplicar sus enfoques teórico-metodológicos y técnicas disciplinares. Nada más falso, a mi juicio. Ese marco filosófico es, por una parte, la clave para apreciar la coherencia entre las posiciones de *Chomsky-lingüista* y *Chomsky-político* (y filósofo): *la libertad de pensamiento racional y de expresión lingüística son, en su perspectiva, bienes naturales inalienables, vinculados esencialmente a nuestra condición humana*. Estamos aquí, pues, pisando nada menos que el terreno de un “derecho natural”, considerado como infinitamente superior a cualquier derecho social(mente adquirido y condicionado). Por otra parte, únicamente en ese marco filosófico hallan cabida su capital distinción entre *competence* y *performance*, su no menos capital distinción entre lo *universal* y lo *particular* en el lenguaje humano, su igualmente radical criterio acerca del papel punto menos que nulo del *aprendizaje*, de la *imitación* y del *papel del medio social* en la *adquisición de la lengua materna*.

Coincidencias con Saussure y con el estructuralismo en general, sin embargo, hay más de las que cabría imaginar a primera vista, sobre todo a juzgar por el virulento rechazo chomskiano del “estructuralismo lingüístico”. De entrada, todo el aparato del generativismo se construye sobre la base del *método estructural* y del *enfoque sistémico*; la gramática generativa no es ni un ápice menos estructural o menos sistémica que la precedente lingüística saussuriana. El *sincronismo* saussuriano encuentra su más que magnificada contrapartida en lo que acaso cabría mejor llamar el *acronismo* chomskiano, que nos muestra los mecanismos y las estructuras esenciales del lenguaje como dados de una vez y para siempre: desde la aparición del primero hasta la desaparición del último de los humanos. En cuanto al carácter “mental” del lenguaje, hay una básica coincidencia entre las dos posturas. Y con respecto al carácter “social” del lenguaje, me parece que habría que reconocer que este, tras entrar por la puerta principal del saussurismo, es sacado discretamente por la puerta trasera: la misma por donde acabará por entrar más tarde, si bien a hurtadillas y a regañadientes, para el chomskismo, una vez que se vea este precisado a dar cuenta, de algún modo, de la variación y de la *performance*.

A diferencia de la lingüística estructural europea, que nunca libró una batalla de principios contra los *universales lingüísticos* ni, mucho menos, contra

la *semántica*, el descriptivismo y el distribucionalismo estadounidenses sí fueron tajantes en ambas cuestiones. La postura de Chomsky al respecto hay que verla, entonces, como un (exitoso) rechazo de la postura de esas corrientes estadounidenses; rechazo que, sin embargo, muy poco, si algo, tiene que ver con la lingüística estructural europea. Técnicamente, el desarrollo y aprovechamiento de las *transformaciones* en sintaxis, más que esbozadas en Harris, habría podido ser una conquista permanente de la gramática generativa. Esta, sin embargo, poco a poco redujo su importancia hasta prácticamente hacerla nula; de ahí que hoy casi nadie hable ya de “gramática generativo-transformativa”, sino, a secas, de gramática generativa. La más que sugerente contraposición de *estructura profunda* y *estructura superficial*, tan estrechamente ligada a las tesis chomskianas sobre la universalidad del lenguaje y la particularidad de las lenguas, pasó rápidamente de ser una verdadera distinción de fondo a presentársenos como algo puramente técnico, incluso reducido a las (¿arbitrarias?) etiquetas *estructura P* y *estructura S*. La inclusión explícita de la *semántica* como componente de la gramática generativa sin duda habría podido ser, en el ambiente estadounidense, un salto de calidad de inmensa importancia. Sin embargo, el chomskismo la colocó desde el principio como ancilar e “interpretativa”, al igual que la fonología, en su determinación de retener para la sintaxis el papel protagónico. Tal decisión acabó por acarrearle el cisma de la *semántica* generativa, como reacción inconfesa a la cual, probablemente, hay que interpretar la posterior reaparición “vergonzante” de la *semántica* bajo el rótulo de *forma lógica*. La *semántica* ha sido siempre una espina en la garganta del generativismo oficial. Presente desde el primer instante –tanto para la distinción de *estructura profunda* y *estructura superficial* como para la concomitante definición de las *transformaciones*–, aparece siempre como secundaria y periférica. Para colmo, lo que muchos otros lingüistas normalmente atribuirían a su dominio se lo ve arrebatado por la sintaxis en el marco de la gramática generativa. Precisamente de ese proceder resulta, también, la antes mencionada “forma lógica”.

Mientras, de Saussure a Chomsky a nuestros días, la llamada *lingüística autónoma, formal y de núcleo duro* sigue su curso, tienen lugar en torno a la “periferia blanda” acontecimientos que marcarán de manera definitiva la

lingüística del siglo XXI. Casi simultáneamente con el surgimiento del generativismo, aparece el desafío de la sociolingüística, cuya versión más modesta se presenta como una especie de “complemento” de los estudios del lenguaje, pero cuya más agresiva versión reclama para sí los fundamentos mismos de toda lingüística, desautorizando toda legitimidad de la “lingüística autónoma”. En cualquier caso, la sociolingüística, aunando sus fuerzas con la estilística y con la dialectología de viejo cuño (nacida con el siglo y las más de las veces menospreciada por la lingüística “dura” de la época), pone sobre el tapete la problemática de la variación lingüística, tanto territorial cuanto social y estilística, obligando así al estructuralismo prechomskiano, pero sobre todo al propio generativismo, a reaccionar acomodándose lo mejor que puede a tales retos. Apenas unos años más tarde, ocupan la escena asimismo la linguopragmática y la lingüística textual. Ambas desempolvan la rancia retórica y la marginal estilística y plantean problemas limítrofes completamente inéditos con respecto a la *sociolingüística*, de una parte, y a la *semántica*, de la otra. La lingüística textual, además (como parte de la cual habría que ver el *análisis del discurso*, que algunos especialistas prefieren tratar sustantivamente), rompe definitivamente los diques del tristemente famoso “tope oracional”, ruptura que, inexorablemente, obliga u obligará, más temprano que tarde, a la introspección autocrítica de varias disciplinas lingüísticas ya establecidas. La lingüística textual, auxiliada por la linguopragmática y la sociolingüística, conduce asimismo a replantearse globalmente los límites, hasta entonces al parecer inamovibles, entre *langue* y *parole*, entre *competence* y *performance*. Más o menos al mismo tiempo, en la segunda mitad del recién pasado siglo XX, la pragmática lingüística, la sociolingüística y la que cabría llamar lingüística supraoracional (lingüística del texto, análisis del discurso) se propusieron como una de sus tareas centrales rebasar, cuando no invalidar y cancelar del todo, la definición puramente intralingüística de lo “lingüístico”, impuesta por el póstumo *Cours* de Saussure y reforzada cuarenta años más tarde por N. Chomsky. En diversos grados, dichas disciplinas *desbordan* la “lingüística” —entendida todavía en la actualidad preponderantemente, sin embargo, como intralingüística o lingüística de “núcleo duro”—, no en uno, sino en dos sentidos diferentes, que conviene ante todo identificar: *aportan vastos segmentos al ámbito disciplinar de la [macro]lingüística;*

apuntan a una redefinición de la lingüística. En efecto, en todas las disciplinas mencionadas podemos encontrar una suerte de “escala de radicalidad” en cuyos extremos cabe reconocer la afirmación enfática de uno u otro de esos dos sentidos. Moviéndonos hacia uno de los extremos de dicha escala, hallaríamos cada vez más nítidamente aislados a quienes se limitan a considerar las nuevas disciplinas como meramente orientadas a nuevas facetas de la problemática lingüística y, por lo mismo, como fundadoras o descubridoras de un nuevo (aspecto del) objeto científico, a saber: los múltiples modos como las estructuras, los mecanismos y los valores socioculturales inciden y se reflejan en los usos de las lenguas (*sociolingüística*); los modos como diversos factores, valores y fines, al activarse en situaciones comunicativas específicas, inciden en —e interactúan con— las estrategias a que apelan emisor y destinatario-receptor para la construcción-emisión y la recepción-interpretación, respectivamente, de los mensajes (*linguopragmática*); los vastos dominios supraoracionales, vale decir, textual-discursivos, de las lenguas, en cuyo marco sin falta encontraremos entidades, estructuras, funciones, propiedades formales y semánticas cualitativamente distintas de las manejadas por la tradicional lingüística “de tope oracional” (*lingüística textual y análisis del discurso*). Moviéndonos en dirección contraria, sin embargo, encontraríamos a quienes, con siempre creciente grado de radicalidad, tienden a considerar las nuevas disciplinas como necesariamente refundadoras de la lingüística misma. No se trataría, entonces, de ampliar y diversificar el radio de los estudios lingüísticos, yuxtaponiendo, por así decir, los nuevos enfoques y las nuevas problemáticas a los ya entronizados en la (*intra*)lingüística; muy al contrario, se trata de descalificar esta última en virtud de una, para ella fatal, petición de principio: las pretendidas autonomía y suficiencia teórico-metodológicas de la lingüística saussurochomskiana, así como de la tradicional lingüística de tope oracional que aquella históricamente absorbió y asumió, querrían a la vez sustentar y sustentarse en las no menos pretendidas autonomía y suficiencia sustantivas y prioritarias de un “núcleo duro”, llámese *langue* o *competence*, axiomáticamente analizable, descriptible y explicable sin recurrir al uso discursivo real en contextos socioculturales determinados. En la medida en que la teoría y su ancilar metodología crean dicho objeto, empero, no puede este a su vez justificarlas sino tautológicamente. No se

tratará, en suma, de “completar” la intralingüística y su objeto con nuevos enfoques y segmentos del (uso del) lenguaje real, sino de subvertirla reconociendo en la esencia misma del objeto, e inyectando en el núcleo mismo de la metodología y la teoría lingüísticas, ciertos factores clave sencillamente ignorados por la lingüística saussurochomskiana.

Una sociolingüística, una linguopragmática y una lingüística supraoracional (textual-discursiva) radicales impugnan, pues, los pilares mismos de la lingüística “de núcleo duro”. Lo hacen, ciertamente, desde diferentes ángulos y con énfasis diferentes; pero todas ellas se afincan en una aproximación considerablemente más realista y dialéctica al lenguaje, atendiendo a su uso en situaciones específicas y reconociendo su condición esencialmente semiótico-instrumental. La coincidencia de esfuerzos de las antes mencionadas disciplinas por romper con la lingüística “pura” o “autónoma”, así como su perceptible y esencial coincidencia de enfoques, sin embargo, de hecho conduce con facilidad al traslapamiento de sus respectivos dominios y con ello a una sumamente problemática delimitación de las fronteras, tanto entre ellas como respecto a otras disciplinas previamente existentes. Tal vez el caso más patente sea el de la sociolingüística, la cual, más allá de su impresionante multiplicidad de intereses, parece abarcar dos grandes componentes, que llamaré aquí *sociodialectológico* y *sociopragmático*: mientras que el primero se funde rápidamente con la dialectología tradicional, de base geolingüística, para engendrar la moderna (*geosocio*) dialectología⁶, el segundo parece hasta el momento seguirse empeñando en conservar, amén del ya prácticamente perdido nexo con el primero –irreversiblemente trasfundido con la geodialectología–, una problemática identidad propia frente a la linguopragmática⁷. Bastaría, sin embargo, echar una simple ojeada al índice de revistas y libros especializados en sociolingüística y en (*linguo*)pragmática para convencerse del amplio dominio que comparten, que incluso puede llegar a contrastar con los cuantitativamente más modestos dominios exclusivos de cada una.

La linguopragmática ha sido con frecuencia caracterizada como “cajón de sastre” de la lingüística⁸. A su traslapamiento con el que he denominado componente sociopragmático de la sociolingüística, se agrega el creciente peso de lo pragmático en los estudios textual-discursivos, muy especialmente en el habitualmente llamado “análisis del discurso”.

Por otra parte, sin muchos trabajos pueden encontrarse también zonas de conflicto y traslapamiento entre pragmática y semántica lingüísticas, especialmente en el ámbito que cabría caracterizar como de lo “no dicho”, abarcador *inter alia* de inferencias, implicaciones, entrañamientos (*entailments*) y –quizás sobre todo– presuposiciones⁹.

Por lo general, la lingüística textual (también llamada “lingüística del texto” o “textolingüística”) se afirma como disciplina estrictamente lingüística, vale decir, con pretensiones de “nuclearidad”: aspira al máximo rigor posible y elabora modelos de *gramática* (textual), al tiempo que destaca como de especial relieve para el estudio del texto –sin exclusión de otros– los aspectos tanto semánticos cuanto pragmáticos. No menos merecedor que la linguopragmática del mote de “cajón de sastre”, el análisis del discurso, queriéndose deslindar y afirmar como cualitativamente distinto a la lingüística textual, no es raro que derive más y más hacia los –ya sin ello harto movedizos– terrenos en que señorea la pragmática. Así, pues, con el carácter predominantemente teórico de la lingüística textual podría decirse que contrasta el carácter predominantemente aplicado –cuando no práctico a secas– del análisis del discurso, que parece empeñado en no dejar fuera de su atención ninguno de los múltiples nexos del lenguaje con otros fenómenos, en implantar firmemente el estudio del lenguaje en el contexto más amplio y complejo posible¹⁰.

Pese a sus notorias diferencias en cuanto a enfoques, intereses y métodos, las nuevas disciplinas parecen coincidir todas en rescatar (del olvido en que parecieron querer sumirla los partidarios de una lingüística “autónoma”) una noción central: el lenguaje –por ende, las lenguas y los dialectos– es un *instrumento sociocomunicativo*, vale decir, un *modo de actividad social que se despliega en función de diversos fines y cuyas entidades fundamentales son de carácter discursivo*. Si las palabras “discursivo” y “fines” nos remiten, *respectively*, al análisis del discurso (y en general a la lingüística supraoracional) y a la linguopragmática, la frase “actividad social”, que apunta a la vez a la pragmática y a la sociolingüística, pone de relieve la especialmente íntima conexión de estas dos disciplinas. Ahora bien, tanto los antes apuntados traslapamientos entre las nuevas disciplinas lingüísticas como la noción central que parecen todas compartir, pero sobre todo la relativa indefinición de sus ambiciosos dominios y la consiguiente vaguedad de sus límites, son

factores claramente reconocibles como causantes de la tendencia, manifiesta en los campos de la sociolingüística, el análisis del discurso y la lingüopragmática, a desbordar lo propiamente lingüístico, aun entendido en el más generosamente amplio sentido del término¹¹.

En lo que concierne a las formas más radicales del estructuralismo (piénsese tanto en la glosemática europea como en el distribucionalismo estadounidense), pero también a las del generativismo ortodoxo, caracteriza a ambos la sostenida voluntad metodológica de excluir de lo que definen como “lingüística” cualesquiera consideraciones que de algún modo puedan llevarnos más allá de las estructuras mismas del lenguaje. Un fenómeno llamativo, sin embargo, fue ya entonces el siguiente: pese al beligerante rechazo exteriorizado por Chomsky y sus huestes respecto del “estructuralismo” (entendido estrechamente, las más de las veces, como descriptivismo *à la* Bloomfield o, peor aun, como distribucionalismo *à la* Harris), el generativismo no tuvo el menor empacho en acoger las aportaciones fonético-fonológicas de Roman Jakobson, y por el hecho mismo, al menos en lo fundamental, también las del Círculo Lingüístico de Praga.

Las concepciones fonológicas de los praguenses, entre quienes figuró en papel protagónico el propio Jakobson, habían sido fuertemente censuradas desde dos perspectivas: a) por el distribucionalismo harrisiano, al menos en este aspecto: el recurrir al significado para la identificación de las oposiciones fonológicas; b) por la glosemática danesa, sobre todo en este aspecto: el recurrir a la “sustancia” fónica para la definición y hasta la denominación misma de los fonemas. Como la mayor parte de las escuelas de la lingüística estructural, la praguense se interesaba sobre todo en la especificidad de cada lengua. Sin embargo, Trubeckoj, en sus *Grundzüge*, había delineado una tipología (de base lógica) de las oposiciones fonológicas y, con ello, también de la organización fonológica de las lenguas (y otro tanto había hecho Skališka en la esfera del contenido, la morfología y el léxico, apuntando hacia una sumamente original tipología lingüística de base semántica). Tal intento apuntaba, indiscutiblemente, en dirección a una visión menos particularista, cabría incluso decir que en buena medida universalista. El paso decisivo, sin embargo, lo daría el propio Jakobson, quien en realidad había trascendido a Trubeckoj mucho antes de que este formulase sus concepciones, vale decir, *avant la lettre*. La

atención de Jakobson se había orientado desde muy tempranamente hacia la noción de *rasgo distintivo*, cuya decisiva importancia reconoció, de inicio, no solo en el nivel fonemático, sino asimismo en el morfemático (piénsese en sus consideraciones sobre la morfología del verbo ruso, que precedieron a la fundación de la fonología por la Escuela de Praga). “Descender” hacia lo que Benveniste llamaría los *merismas* apuntaba, sin duda, en dirección al universalismo: búsqueda de un “puñado” de elementos de cuya combinatoria resultarían las especificidades de los diferentes sistemas fonológicos de las lenguas del mundo. Tras abandonar el ambiente praguense, forzado por los acontecimientos bélicos europeos, Jakobson se orienta cada vez más hacia el universalismo fonológico (y lingüístico, en general). Sería ese Jakobson maduro el que desplegaría su actividad científica, hasta el fin de sus días, en suelo estadounidense, ante todo desde la llamada Escuela de Harvard, que él encabezó e inspiró; y serían sus concepciones fonológicas las que resultarían trasplantadas al generativismo, en especial a través de Morris Halle.

La utilidad científica del concepto de *rasgo distintivo* invitaba a una búsqueda, paralela a la fonológica, en la “cara superior” de los signos lingüísticos: el significado. Los *semas* o rasgos semánticos distintivos habían sido desde siglos antes presentidos y perseguidos en la afanosa búsqueda de un “lenguaje universal”, que caracterizó a filósofos como Leibniz. Ese estímulo impulsaría a la lingüística saussuriana continental europea por los rumbos de la semántica estructural y el llamado análisis sémico o “componencial”. Aquí, de nuevo, la atención de los lingüistas podía dar prioridad a las particularidades organizativas de las lenguas (como sería el caso del neohumboldtismo germano, antes y sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial); pero podía asimismo, con entera naturalidad y consecuencia, poner de relieve más bien la posibilidad de existencia de un “puñado” universal de rasgos, de cuyas posibilidades combinatorias resultarían las diferencias léxicas y semánticas entre las lenguas. La fuerte y duradera presencia del conocido como “tabú semántico”, predominante en la lingüística estructural estadounidense, facilitaría sin duda la incorporación de las aportaciones de la semántica estructural europea al generativismo chomskiano, el cual, en su dominio preferido, el sintáctico, defendió desde su nacimiento la existencia de patrones estructurales básicos o

“profundos”, de carácter universal e innato, de los cuales derivarían las diferentes organizaciones sintácticas “superficiales” directamente observables en cada lengua. Bien vistas las cosas, pues, el generativismo es deudor del llamado “estructuralismo” europeo en lo tocante a los dos “componentes” ancilares de su modelo clásico, a saber, el fonético (o fonológico) y el semántico, por no hablar del cada vez más importante apéndice de dicho modelo usualmente llamado “lexicón”. Ahora bien, por otra parte, el Círculo Lingüístico de Praga –y Jakobson en tanto en cuanto miembro activísimo de este– fue siempre identificado como propulsor de una *lingüística funcional*, término que difundiría sobre todo A. Martinet, estrechamente vinculado al Círculo y principal responsable de la difusión de sus ideas y del desarrollo y la sistematización de ellas, especialmente en dominios como el sintáctico. El *funcionalismo*, junto con la *fonología* fundada y promovida por los praguenses (de la cual resulta inseparable, por cierto), constituye una característica absolutamente fundamental y fuertemente peculiar del Círculo. Hasta el punto de haber hecho vacilar a algunos en lo tocante a su inclusión en el ámbito del “estructuralismo” y haber incitado a otros a encontrarle una cierta contradictoriedad en sus planteamientos teóricos, precisamente en torno al concepto mismo de *función*. Ambas actitudes me parece que se explican a partir de una interpretación *formalista* del sentido esencial de “estructuralismo lingüístico”, expresión generalmente (y erróneamente, a mi juicio) empleada para referirse a la *lingüística estructural*¹². Con absoluta y perfecta consecuencia, como me he permitido ya subrayar en otros textos, tanto el Círculo Lingüístico de Praga como Jakobson proyectan el enfoque *sistémico* y el *funcional* más allá de las lenguas mismas. *Pansistematismo*, han sugerido algunos. *Panfuncionalismo*, sería igualmente válido agregar.

Ambas orientaciones, probablemente inseparables, no son en modo alguno privativas de los praguenses ni de Jakobson. En diversos grados y con diferentes matices, afloran en los Estados Unidos de América desde muy temprano, sobre todo en Sapir y sus herederos; en Gran Bretaña, en autores del relieve de Halliday. Pero son asimismo claramente perceptibles en dos formidables movimientos de la lingüística actual, que parecen batirse en su propio terreno con el generativismo: el *funcionalismo* givoniano y el *cognitivismo* de Lakoff, Langacker *et al.*, muy cercanos entre sí, a mi juicio,

en tanto en cuanto ambos buscan, “más allá” o “más acá” de la lengua misma, la justificación y la explicación del *modus operandi* de esta. Curiosa e irónicamente, tal vez haya sido en buena medida el propio generativismo un incitador clave de esa búsqueda, particularmente en lo atinente al cognitivismo, al haber llamado poderosamente la atención acerca de los *fundamentos neurológicos* (“mentales”, se prefirió decir durante una etapa inicial bastante prolongada entre los chomskianos) del lenguaje, en su sostenido afán de argumentar en favor de un innatismo universalista, lo que por varios años condujo al impresionante despliegue de una sicolingüística de inspiración chomskiana. La autodenominación de “lingüística funcional” por parte de Givón y su escuela resulta harto ambiciosa y por lo mismo confusa, si se tiene en cuenta que idéntica etiqueta se aplica a los pragueños (incluido Martinet), a Halliday y a otros. Sea como fuere, givonianos y chomskianos resultan prácticamente indistinguibles en el terreno fonológico; al decir de algunos, los primeros no han desarrollado debidamente su propia “doctrina” fonológica por haber estado demasiado ocupados en las problemáticas morfológica y sintáctica, en cuyos terrenos tiene sobre todo lugar la polémica entre los dos enfoques. Hay que destacar, con respecto a esto último, que los givonianos, a diferencia de los chomskianos¹³, sí tienden a distinguir con mayor precisión entre los niveles morfemático y sintáctico¹⁴. Ha sido precisamente en el dominio morfo-sintáctico donde nuevas corrientes teórico-metodológicas, como el funcionalismo y el cognitivismo, se han propuesto disputarle la supremacía al generativismo. El que no sea en el subdominio fonológico, sino en los subdominios morfológico y sintáctico, donde se produzca lo más intenso de la confrontación, me parece que se explica perfectamente a partir de la relevancia directa de lo *semántico* en los dos últimos¹⁵. En esencia, se trata del enfrentamiento entre un formalismo que, en resumidas cuentas, se agota en el análisis de las estructuras mismas y unas propuestas alternativas de trascenderlo, ya hacia el contexto sociocultural y antropológico, ya hacia las estructuras mentales en que se enmarcarían y de las cuales dependerían la organización y la producción misma del lenguaje. En ambos casos, lo semántico, entendido en su sentido más generoso, adquiere una relevancia que le estaría vedada en el contexto formalista propio del generativismo¹⁶.

La vitalidad del funcionalismo –más allá de Givón– y de su creciente vinculación con lo semántico es palpable en otras pujantes teorías lingüísticas actuales, no en último término las de Van Valin y LaPolla (gramática del papel y la referencia) y las de S. Dik (gramática funcional).

Los enfoques sistémico y funcional, que mejor cabría fundir en un solo concepto como *sistémico-funcionales*, se hacen también patentes en las diversas y sucesivas orientaciones de la lingüística (*lato sensu*, esta vez) que han caracterizado crecientemente los últimos decenios del siglo XX, desde la sociolingüística y la sicolingüística hasta la lingüística textual y el análisis del discurso¹⁷.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBAGNANO, N. *Historia de la filosofía*, tomo III, Instituto del Libro, La Habana, 1967
- *Fonología española*, Gredos, Madrid, 1968.
- *Gramática estructural (según la Escuela de Copenhague y con especial atención a la lengua española)*, Gredos, Madrid, 1971
- *Fonología española*, Edición Revolucionaria, Instituto del Libro, La Habana, 1972
- ALVAR LÓPEZ, M. *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología*, 2a. ed, Gredos, Madrid, 1983.
- ANDERSON, S. R. *Phonology in the Twentieth Century. Theories of rules and theories of representations*, The University of Chicago Press, Chicago & London, 1985.
- ARENS, H. *La lingüística. Sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*, 2 tomos, Gredos, Madrid, 1975.
- BALLY, C. *El lenguaje y la vida*, Losada, Buenos Aires, 1977.
- BAUM, R. *Lengua culta, lengua literaria, lengua escrita*, Alfa, Barcelona, 1989.
- BEAIGRAMDE, R.-A. de y W. U. DRESSLER. *Introduction to text linguistics*, Longman, New York, 1981.
- BEREZIN, F. M. *Russkoje jazыkoznanije konca XIX - načala XX vekov*, Nauka, Moskva, 1976.
- BERNÁRDEZ, E. *Introducción a la lingüística del texto*, Espasa Calpe, Madrid, 1987.
- (ed.), *Lingüística del texto*, Arco/Libros, Madrid, 1987.
- BERRENDONNER, A. *Elementos de pragmática lingüística*, Gedisa, Barcelona, 1982.
- BLOOMFIELD, L. *Language*, Henry Holt & Company, New York, 1951.

- BOBES NAVES, M. C. *El diálogo. Estudio pragmático, lingüístico y literario*, Gredos, Madrid, 1992.
- BOUQUET, S. *Introduction à la lecture de Saussure*, Éditions Payot & Rivages, Paris, 1997.
- BROWN, P. y C. FRASER (eds.). *Social markers in speech*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
- BÜHLER, K. *Teoría del lenguaje*, Selecta de Revista de Occidente, Madrid, 1967.
- CARAVEDO, R. *La competencia lingüística. Crítica de la génesis y del desarrollo de la teoría de Chomsky*, Gredos, Madrid, 1990.
- CASETTI, F. *Introducción a la semiótica*, Fontanella, Barcelona, 1980.
- CASSORER E. *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963.
- ČERNÝ, J. *Historia de la lingüística*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1998.
- CHOMSKY, N. *Syntactic structures*, Mouton, The Hague, 1957.
- *Current issues in linguistic theory*, Mouton, The Hague, 1964.
- *Aspects of the theory of syntax*, MIT Press, Cambridge, 1965.
- *Studies on semantics in generative grammar*, Mouton, The Hague, 1972.
- *The logical structure of linguistic theory*, Plenum Press, New York & London, 1975.
- *The generative enterprise*, Foris, Dordrecht, 1982.
- *Lectures on government and binding. The Pisa lectures*, Foris, Dordrecht, 1982.
- *Knowledge of language: its nature, origin and use*, Praeger, New York, 1986.
- *The minimalist program*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1995.
- CÍRCULO LINGÜÍSTICO DE PRAGA. *Tesis de 1929*, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1970.
- CONTE, M.-E. (ed.). *La lingüística testuale*, Feltrinelli Economica, Milano, 1977.
- CRISPILLO, M. *Historia y mito de la lingüística transformatoria*, Taurus, Madrid, 1986.
- CRYSTAL, D. *A dictionary of linguistics and phonetics*, Blackwell, London, 1991.
- DASCAL, M. *Pragmatics and the philosophy of mind. I: Thought in language*, John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, 1983.
- DIJK, T. A. VAN. *Estructuras y funciones del discurso*, Siglo XXI, México, 1980.
- *Studies in the pragmatics of discourse*, Mouton, The Hague, 1981.
- *Texto y contexto. Semántica y pragmática del discurso*, Cátedra, Salamanca, 1993.
- *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*, Gedisa, Barcelona, 1998.
- & W. KINTSCH. *Strategies of discourse comprehension*, Academic Press, Orlando, 1983.
- DIK, S. *The theory of functional grammar*, 2 tomos (editados por Kees Hengeveld), Mouton de Gruyter, Berlin, 1997.

- DUBSKÝ, J. *Introducción a la estilística de la lengua*, Universidad de Oriente, Serie Humanidades y Pedagógico, no. 4, Santiago de Cuba, 1970.
- DUCROT, O. y Tz. TODOROV. *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Éditions du Seuil, Paris, 1972.
- ESCANDELL VIDAL, M. V. *Introducción a la pragmática*, Anthropos, Barcelona, 1993.
- FASOLD, R. W. *The sociolinguistics of language*, Basil Blackwell, Cambridge, 1990.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, A. R., S. HERVÁS y V. BÁEZ. *Introducción a la semántica*, Cátedra, Madrid, 1979.
- FIGUEROA ESTEVA, M. *Problemas de teoría del lenguaje*, Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
- FIGUEROA ESTEVA, M. E. *La dimensión lingüística del hombre. Problemas de historia y actualidad*, Ciencias Sociales, La Habana, 1983.
- “El signo lingüístico de los estoicos frente a Saussure y a Ogden y Richards”, en *Anuario L/L*, n° 14, 1983, pp. 145-153.
- “La [macro]lingüística como diastema disciplinar y la estructura noética de la época”, en A. ACOSTA, Z. ESTRADA, M. FIGUEROA y G. LÓPEZ (eds.), *IV Encuentro Internacional de Lingüística en el Noroeste. Tomo III: Interdisciplinas lingüísticas*, Memorias, Editorial UniSon, Hermosillo, Sonora, México, 1998. pp. 137-149.
- *Principios de organización del lenguaje (estudio liminal)*, Academia, La Habana, 1980.
- “Del status lingüístico de las unidades básicas: fono, fonema, archifonema y morfónema”, en *Anuario L/L*, n° 12-13, 1981-1982, pp. 38-58.
- “Algunas consecuencias teórico-metodológicas de la concepción del signo para el tratamiento de morfemas y lexemas”, en *Anuario L/L*, no. 20, Serie: Estudios Lingüísticos, 4, 1989, pp. 101-109.
- “La variación como diversidad de normas lingüísticas. Notas para un acercamiento preliminar”, en BARRIGA VILLANUEVA, R. y P. M. BUTRAGUEÑO (eds.), *Varia lingüística y literaria. 50 años del CELL. I. Lingüística*, El Colegio de México, México, 1997, pp. 411-439.
- FILLMORE, CH. J., J. EDMONDS, N. CHOMSKY, P. M. POSTAL, S. PETER y P. KIPARSKY. *Los objetivos de la teoría lingüística*, publicado bajo la dirección de S. Peters, Gredos, Madrid, 1983.
- GARZA CUARÓN, B. *La connotación. Problemas del significado*, El Colegio de México, México, 1978.
- GEORGAKOPOULOU, A. y D. GOUTSOS. *Discourse analysis. An introduction*, Edinburgh University Press, Edinburgh, 1997.
- GIVÓN, T. *Syntax. A functional-typological introduction*, vol. I, John Benjamins, Amsterdam, 1984.

- (ed.). *Syntax and semantics, Vol. 12. Discourse and syntax*, Academic Press, New York, 1979.
- (ed.). *Topic continuity in discourse: a quantitative cross-language study*, John Benjamins, Amsterdam, 1983
- GREGORY, M. y S. CARROLL. *Lenguaje y situación*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- GUMPERZ, J. J., *Discourse strategies*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982
- HALLIDAY, M. A. K. y R. HASSAN. *Cohesion inferencial English*, Longman, Hong Kong, 1976
- HARRIS, Z. S., *Methods in structural linguistics*, University of Chicago Press, Chicago, 1951.
- HJELMSLEV, L. *El lenguaje*, Gredos, Madrid, 1971.
- *O základěch teorie jazyka*, Academia, Praha, 1972.
- *Ensayos lingüísticos*, Gredos, Madrid, 1972.
- *Prolegomena to a theory of language*, University of Wisconsin Press, Madison, 1961.
- HOENIGSWALD, H. M. (ed.). *The European background of American linguistics*, Papers of the Third Golden Anniversary Symposium of the Linguistic Society of America, Foris, Dordrecht, 1979.
- HYMES, D. y J. FOUGHT. *American structuralism*, Mouton, The Hague, 1981.
- IFAC-URSS y DF-ACC [Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias de la URSS y Departamento de Filosofía de la Academia de Ciencias de Cuba], *La dialéctica y los métodos científicos generales de investigación*, tomo II, Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
- ITKONEN, E. *Grammatical theory and metascience*, John Benjamins, Amsterdam, 1978.
- *Causality in linguistic theory. A critical investigation into the philosophical and methodological foundations of 'non-autonomous' linguistics*, Croom Helm, London & Canberra, e Indiana University Press, Bloomington, 1983.
- *Universal history of linguistics*, John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, 1991.
- JAKOBSON, R. *Essais de linguistique générale. I: Les fondations du langage*, Éditions de Minuit, Paris, 1963.
- *Essais de linguistique générale. II: Rapports internes et externes du langage*, Éditions de Minuit, Paris, 1973.
- y M. HALLE, *Fundamentos del lenguaje*, Ciencia Nueva, Madrid, 1967.
- KOERNER, E. F. K. y R. E. ASHER, *Concise history of the language sciences. From the Sumerians to the cognitivists*, Pergamon, Oxford, 1995.

- KONDRÁŠOV, N. A. *Istorija lingvističeskix učenij*, Prosveščeniye, Moskva, 1979.
- KOVÁCS, F. *Linguistic structures and linguistic laws*, Akadémiai Kiadó, Budapest, 1981.
- LABOV, W. *Sociolinguistic patterns*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1972.
- *Principles of linguistic change. Volume 1: Internal factors*, Blackwell, Oxford UK & Cambridge USA, 1994.
- LAKOFF, G. *Women, fire and dangerous things: what categories reveal about the mind*, University of Chicago Press, Chicago, 1987.
- LANGACKER, R. W. "An introduction to cognitive grammar", en *Cognitive Science*, 10, 1986, pp. 1-40.
- *Foundations of cognitive grammar. Vol. I: Theoretical prerequisites*, Stanford University Press, Stanford, 1987.
- *Foundations of cognitive grammar. Vol.II: Descriptive application*, Stanford University Press, Stanford, 1991.
- *Concept, image, and symbol: the cognitive basis of grammar*, Mouton de Gruyter, Berlin, 1990.
- LANGENDOEN, D. T. *The London School of linguistics. A study of the linguistic theories of B. Malinowski and J. R. Firth*, The M. I. T. Press, Cambridge, 1968.
- LAPPIN, S. (ed.). *The handbook of contemporary semantic theory*, Blackwell Publishers, Oxford, 1997.
- LASTRA DE SUÁREZ, Y. *Sociolingüística para hispanoamericanos: una introducción*, El Colegio de México, México, 1992.
- LAVANDERA, B., *Curso de lingüística para el análisis del discurso*, Bibliotecas Universitarias, Buenos Aires, 1985.
- LÁZARO CARRETER, F. *Diccionario de términos filológicos*, 3a. ed., corr., Gredos, Madrid, 1987.
- LEECH, G. N. *Principles of pragmatics*, Longman, New York, 1983.
- LEROY, M. *Las grandes corrientes de la lingüística*, 2ª ed. en español, 3ª reimpr., Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- LEVINSON, S. C. *Pragmatics*, reimpr., Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
- LÓPEZ MORALES, H. *Sociolingüística*, Gredos, Madrid, 1989.
- LOZANO, J. et al. *Análisis del discurso*, Cátedra, Madrid, 1986.
- LYONS, J. *Chomsky*, Fontana/Collins, London, 1973.
- MAINGUENEAU, D. *L'analyse du discours*, Hachette, Paris, 1991.
- MALMBERG, B. *Los nuevos caminos de la lingüística*, Siglo XXI, España, 1971.
- MANOLIU, M. *El estructuralismo lingüístico*, Cátedra, Madrid, 1973.
- MATHEIUS, V. *Jazyk, kultura a slovesnost*, Odeon, Praha, 1982.

- MATTHEWS, P. H. *Grammatical theory in the United States from Bloomfield to Chomsky*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.
- MEY, J. I. *Pragmatics. An introduction*, Blackwell Publishers, Cambridge, 1996.
- MONTES GIRALDO, J. J. *Dialectología y geografía lingüística: notas de orientación*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1970.
- *Dialectología general e hispanoamericana: orientación teórica, metodológica y bibliográfica*, 2ª. ed., Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1987.
- MOUNIN, G. *Histoire de la linguistique des origines au XXe siècle*, Presses Universitaires de France, Paris, 1974.
- *La lingüística del siglo XX*, Gredos, Madrid, 1976.
- MOURELLE DE LEMA, M. *Historia y principios fundamentales de la lingüística. Con especial atención al "código" lingüístico español*, Prensa Española, Madrid, 1977
- MURRAY, S. O. *Theory groups and the study of language in North America. A social history*, John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, 1993.
- NEWMeyer, F. J. *Linguistic theory in America*, 2ª ed., Academic Press, London, 1986.
- NIQUE, C. *Introducción metódica a la gramática generativa*, Cátedra, Madrid, 1974.
- NIVETTE, J. *Principios de gramática generativa*, Editorial Fragua, Madrid, 1973.
- OGDEN, C. K. e I. A. RICHARDS. *The meaning of meaning. A study of the influence of language upon thought and of the science of symbolism*, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Ltd., London, 1946.
- PARRET, H. *Semiotics and pragmatics*, John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, 1983.
- *Le langage en contexte: études philosophiques et linguistiques de pragmatique*, John Benjamins, Amsterdam, 1980.
- PRŮCHA, J. *Pragmalinguistics: East European approaches*, John Benjamins, Amsterdam, 1983.
- ROSENAL, M. y P. YUDIN. *Diccionario filosófico*, Editora Política, La Habana, 1981.
- RUWET, N. *Introduction à la grammaire generative*, Librairie Plon, Paris, 1967.
- SAEED, J. I. *Semantics*, Blackwell Publishers, Cambridge, 1997.
- SAMPSON, G. *Schools of linguistics. Competition and evolution*, Hutchison, London, 1980.
- SAPIR, E. *El lenguaje*, Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- ŠARADZENIDZE, T. S. *Lingvističeskaja teorija I. A. Boduena de Kurtenë i jejo mesto v jazыkoznanii XIX-XX vekov*, Nauka, Moskva, 1980.
- SAUSSURE, F. DE. *Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires, 1961.
- *Trudy po jazыkoznaniju*, Progress, Moskva, 1977.
- SCAVNICKY, G. E. *Dialectología hispanoamericana: estudios actuales*, Georgetown University, Washington, 1980.

- SCHIFFRIN, D. *Approaches to discourse*, Blackwell, Oxford & Cambridge, 1994.
- SCHLIEBEN-LANGE, B. *Pragmática lingüística*, Gredos, Madrid, 1987.
- SEUREN, P. A. M. *Western linguistics. An historical introduction*, Blackwell, Oxford, 1998.
- SLAMA-CAZACU, T. *Lenguaje y contexto*, Grijalbo, Barcelona, 1970.
- SMITH, N. *Chomsky. Ideas e ideales*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001.
- TRASK, R. L. *Key concepts in language and linguistics*, Routledge, London, 1999.
- TRUBECKOJ, N. S. *Principios de fonología*, Cincel, Madrid, 1973.
- ULLMANN, S. *Semantics. An introduction to the science of meaning*, Basil Blackwell, Oxford, 1977.
- VACHEK, J. *The linguistic school of Prague. Introduction to its theory and practice*, Indiana University Press, Bloomington & London, 1966.
- *U základů pražské jazykovědné školy*, Academia, Praha, 1970.
- *Z klasického období pražské školy 1925-1945*, Academia, Praha, 1972.
- VAN VALIN, JR., R. D. y R. J. LAPOLLA. *Syntax. Structure, meaning and function*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
- VENDRYES, J. *El lenguaje. Introducción lingüística a la historia*, UTEHA, México, 1958.
- VERÓN, E. *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Gedisa, Barcelona, 1998.
- VERSCHUEREN, J. (ed.). *Language and ideology*, Selected papers from the 6th International Pragmatics Conference, vol. 1, International Pragmatics Association (IprA), Antwerp, 1999.
- (ed.). *Pragmatics in 1998*, Selected papers from the 6th International Pragmatics Conference, vol. 2, International Pragmatics Association (IprA), Antwerp, 1999.
- VIOLI, P. y G. MANETTI. *L'analisi del discorso*, L'Espresso, Milano, 1979.
- WHITNEY, W. D. *La vie du langage*, Librairie Germer Baillière, Paris, 1975.
- WILLIAMS, G. *Sociolinguistics: a sociological critique*, Routledge, London, 1992.
- ZAMORA MUNNÉ, J. C. y J. M. GUITART, *Dialectología hispanoamericana: teoría, descripción, historia*, Almar, Salamanca, 1982.
- ZASORINA, L. N. *Vvedeniye v strukturnuju linguistiku*, Vysšaja Škola, Moskva, 1974.
- ZVEGINCEV, V. A. *Istorija jazykoznanija XIX-XX vekov v očerkax i izplečenijsx*, 2 tomos, Prosveščeniye, Moskva, 1964.

NOTAS

- 1 ¿Ha de entenderse por “lingüística”, exclusivamente, el casi siempre denominado, en nuestros días, “núcleo duro”? La expresión podría empujarnos a pensar en la otra cara de la sugerida alternativa como si se tratase de una especie de “periferia blanda”, a la cual parecen querer relegar a los demás estudiosos del lenguaje quienes han optado por ceñirse al llamado “núcleo duro”. Podría pensarse que tal acotamiento de la “lingüística” ha sido responsabilidad del generativismo; en realidad, tal responsabilidad debe atribuirse, no a Chomsky, sino a Saussure y su póstumo *Cours*, publicado cuarenta y un años antes que *Syntactic structures*.

Esta concepción de la *langue* nos la presenta como una especie de “milpiés virtual”, cuya existencia consiste en la “presencia síquica” de cada una de sus patas en el cerebro de cada individuo integrante de la comunidad lingüística y cuyo cuerpo, en cambio, no sabríamos bien dónde encontrar, *por más que sea precisamente a su estudio al que se nos invita a consagrarnos...*

- 2 Nótense las contrastantes posturas de Saussure y Bloomfield: promotores ambos del estructuralismo y del acotamiento más estricto posible de la nueva lingüística, representan sin embargo los antípodas en dicha corriente. Sus conceptos diametralmente opuestos de “forma” —tributarios de muy diferentes tradiciones filosóficas— tendrán importantes consecuencias para el ulterior desenvolvimiento de los “dos estructuralismos”. Si a ello añadimos el rechazo bloomfieldiano de la semántica como posible disciplina lingüística de características científicas, que acabaría por conducir del inicial descriptivismo al más radical distribucionalismo, desembocaremos en la nítida contraposición de las respectivas concepciones del significante y del signo: para los saussurianos, el primero tiene un carácter síquico, no material, y constituye una de las caras inseparables del signo, cuya otra “cara” es precisamente el significado; para los bloomfieldianos, significante y signo, entendidos como entidades cabalmente físicas, materiales, vienen a resultar prácticamente una misma entidad, en vista del enfoque unilateralista del signo, que excluye la presencia en él de un componente semántico. La lingüística estadounidense, desde entonces, tendría un carácter más restrictivo aun que la lingüística europea continental: en tanto que la segunda considera la *semántica* como una subdisciplina lingüística con plenos derechos, para la primera tal cosa es inadmisibile. Al mismo tiempo, sin embargo, las “dos lingüísticas” revelan interesantes paralelismos en su desarrollo histórico, que consideraré muy brevemente.

Corrientes que denominaré *lingüística estructuralista* (estructuralismo lingüístico *stricto sensu*), diferenciándola así de *lingüística estructural* como concepto más abarcador.

- 3 Bloqueada la semántica por tanto tiempo en los Estados Unidos, tal circunstancia demoraría en ese país el influjo del neopositivismo tardío en el quehacer lingüístico. Pero ese influjo se dejaría sentir poderosamente una vez vencido el “tabú semántico”, a partir de los años 60, y daría como resultado la que hoy conocemos como semántica formal, abiertamente inspirada y apoyada en la lógica simbólica. Ya desde antes, las propuestas sintácticas del neopositivismo habían dejado huellas cada vez más perceptibles en la creciente formalización de la descripción sintáctica por los lingüistas, decididamente impulsada, además, por los adelantos y las (no siempre cumplidas) promesas de la cibernética. Si, por haber desempeñado un papel protagónico en ambas etapas, la figura de Carnap encarna ese desplazamiento desde la atención exclusiva a la sintaxis hasta la atención tanto a la sintaxis cuanto a la semántica, la figura de Wittgenstein, por semejantes motivos, encarna el cambio radical de actitud que conduce del enfoque neopositivista del lenguaje a su tratamiento en la perspectiva de una nueva corriente de pensamiento filosófico, surgida en el Reino Unido y que rápidamente invade los Estados Unidos de América: la llamada “filosofía del lenguaje corriente” (*ordinary language philosophy*).
- Estos dos importantes momentos en la historia de la filosofía del lenguaje del siglo XX, positivismo lógico y “filosofía del lenguaje corriente”, se hallan —en compleja imbricación con otros componentes— en la base de las que cabría caracterizar como las *macrocorrientes fundamentales de la lingüística actual*: el *formalismo* y el *funcionalismo*.
- 4 Tanto en el caso de Carnap como en el de Wittgenstein, su cambio de actitud (radical en ambos, pero especialmente notable en Wittgenstein) se debe al influjo que reciben. En el ambiente estadounidense, si bien la lingüística de orientación bloomfieldiana seguía aferrada al “tabú semántico”, las obras de Peirce y Morris incorporaban explícitamente la *semántica* en el modelo de la nueva ciencia llamada semiótica (reclamada ya por Saussure como semiología); es de ahí de donde proviene el interés semántico de Carnap. En cuanto a Wittgenstein, no hace más que incorporar las iniciales propuestas de la flamante “filosofía del lenguaje corriente”, que él mismo va a impulsar con determinación, si bien es cierto que ya antes, desencantado de sus precedentes convicciones filosóficas, había atravesado un largo “mutismo” autocrítico.
- 5 La primera de ellas, generalmente asociada al racionalismo (más atrás, acaso al realismo medieval) y sobre todo a la concepción bilateralista del signo, tal como la encontramos en Saussure, busca el significado “dentro” del signo, a saber, en su plano del contenido: de ello ha resultado lo que en semántica estructural conocemos como “análisis sémico” o “análisis componencial”, el cual cuenta con importantes antecedentes en numerosos filósofos, como Leibniz y Husserl. La “semántica extensional”, en cambio, aparece históricamente vinculada a la tradición empirista (más atrás, al nominalismo) y a menudo también a la concepción

unilateralista del signo, tal como suele manifestarse en la tradición británica y estadounidense. Esta última no es, estrictamente hablando, una semántica, puesto que reduce la supuesta “significación” a una relación de referencia, es decir, a la “fuerza” o capacidad designativa de los signos. Malinowski y Firth aparecen ambos estrechamente asociados a este enfoque en Gran Bretaña y constituyen además, especialmente el primero, un importante antecedente de la pragmática. Estas “dos semánticas” pueden verse, ya como *complementarias*, ya como *antagónicas*. De hecho, fue sobre todo en el seno de la lógica donde se manifestó la necesidad de manejarlas como complementarias: para asignar valores de verdad a una oración aseverativa, la lógica no puede no apelar al “mundo exterior”; necesita confrontar el *significado* (“intensional”) de la oración con el *referente* (“extensional”) a que él nos remite, vale decir, con la realidad acerca de la cual se “asevera algo”. Es obvio, sin embargo, que, en tanto que la llamada “semántica intensional”, por lo general admitiendo la existencia de ambos procesos, el de significación y el de referencia, necesariamente distingue *significado* y *referente*, para ocuparse exclusivamente en el primero, la llamada “semántica extensional” puede negar la posibilidad de existencia del significado (“intensional”) como inherente al signo y reducir así el “significado” al poder designativo del signo, es decir, a la referencia más allá del lenguaje mismo.

Cierto es que cabe concebir una “semántica extensional” en el propio marco de la *langue*. Sin embargo, tal como lo prueba la existencia de los deícticos y demás “elementos pragmáticos” *par excellence* de la lengua, es solamente en la *parole* donde cobra verdadero sentido la función designativa. En última instancia, ello vale igualmente para *cualquier* unidad del léxico.

Las elevadas exigencias de la formalización parecen haber obligado al distribucionalismo a concentrarse en el inglés y su trasparente morfología, dejándoles a los herederos de Sapir las tradicionales tareas descriptivas en relación con las lenguas aborígenes americanas. Esa tendencia se vería considerablemente reforzada con el advenimiento del generativismo, nacido de las entrañas del distribucionalismo y necesitado además, al menos en su etapa inicial, de apoyarse en la introspección o “intuiciones” del propio lingüista –so capa de “*hablante oyente nativo (zideal?)*”– en lo tocante a su lengua materna.

Pese a ello, y a lo que argumento a continuación, no cabe duda de que el generativismo ha ido desplazando progresivamente el énfasis desde las atrevidas afirmaciones *teóricas* iniciales hacia la inmersión en el detalle *técnico*. A menudo, incluso, se nos quiere presentar los reajustes e innovaciones técnicos y de método particular como reestructuraciones de orden científico-teórico general. Ese cambio de énfasis parece alejar cada vez más al generativismo de su original “voluntad realista”, si se me permite llamarla así (el *modelo* como *representativo de una realidad “mental”*), acercándolo al ámbito de lo “arbitrario” (el *modelo* como *conjunto de técnicas meramente presentativas*). ¿Nueva versión del eterno dilema estadounidense entre

“God’s truth linguistics” y “hocus-pocus linguistics”? A lo largo de su producción, Chomsky parece vacilar entre esos extremos.

No es correcto, a mi juicio, emplear en español la expresión *adquisición del lenguaje* si el marco teórico de referencia es el generativismo chomskiano. En este únicamente cabría hablar de *adquisición de la lengua*, puesto que el lenguaje es considerado como una facultad universal innata de los humanos, a partir de la cual, y mediante una “mínima exposición al medio”, el individuo joven desarrolla, ahora sí, la capacidad de usar una lengua particular. Probablemente en el empleo de estas engañosas expresiones en español ha intervenido el “ruido” ocasionado por la (ambigua, para un hispanohablante nativo) expresión inglesa *language acquisition*, que, sin embargo, habría que considerar como opuesta, en esa lengua, a esta otra: *speech acquisition*.

Piénsese, no más, en la glosemática hjelmsleviana o en la obra del también danés Brøndal.

Para convencernos de ello, baste considerar el papel desempeñado por Jakobson en el desarrollo de la fonología generativa.

- 6 La problemática de las redes sociales y el instrumental variacionista figuran entre las principales aportaciones de la sociolingüística a la dialectología moderna.
- 7 La sociolingüística ha querido además apropiarse de un tercer dominio: el de las lenguas en contacto. Esta problemática -que debería interesar ante todo a su componente sociodialectológico, si bien suele recibir un tratamiento relativamente autónomo entre los sociolingüistas- es, sin embargo, susceptible de enfoques y tratamientos diversos, no necesariamente reductibles a los sociolingüísticos *stricto sensu*.
- 8 Los estudios variacionistas han contribuido poderosamente a la inclusión explícita de los hechos de “variación estilística” en los estudios dialectológicos modernos, junto a los hechos de variación geo- y sociolectal. En virtud de que los usualmente denominados “registros estilísticos” están claramente codeterminados por la situación comunicativa, el *status* de los participantes en ella y los fines perseguidos por los emisores de los mensajes, en el estudio de la variación fónica que, apoyado decisivamente por los colegas Puica Dohotaru y Luis R. Choy López, dirigí en Cuba entre 1986 y 1993 -y que a partir de 1994 ha seguido dirigiendo e impulsando Puica Dohotaru-, hemos considerado tales fenómenos variacionales como (*socio*)*pragmatestilísticos* (a ello me he referido asimismo más de una vez después de 1994). Por esta “vía variacionista”, pues, importantes aspectos *sociopragmáticos* engrosan también, en definitiva, el campo de los estudios dialectológicos, combiniándose allí con los aspectos propiamente *sociodialectales*.
- 9 Aunque no sería este el caso de una pragmática *radical*, una versión “moderada” de la linguopragmática, por obra de la camisa de fuerza del autonomismo “purista” de corte *saussurochomskiano*, puede verse arrastrada sin mayores dificultades

hacia un engañoso, aunque a primera vista sin duda atractivo, paralelismo con la fonética: parecería entonces, lo mismo que esta con respecto a la fonología, como externa y periférica con respecto a la semántica.

- 10 Discusiones recientes relativas a la distinción entre *escuelas* y *disciplinas* han llamado la atención sobre la posible confusión entre (*neo*)*funcionalismo* (una escuela) y *análisis del discurso* (una disciplina); es más que probable que la distinción entre las corrientes “radicales” y “moderadas” existentes en el marco de las nuevas disciplinas tenga mucho que ver, como he apuntado ya más arriba, con semejante confusión.
- 11 Los sociolingüistas descuidan en ocasiones la importancia de trazar y respetar la divisoria entre, de una parte, *fenómenos lingüísticos en que inciden y se reflejan ciertos fenómenos no lingüísticos*, y, de otra parte, *los fenómenos no lingüísticos en sí mismos*. Tal es el caso con que a ratos se tropieza en los estudios sobre las usualmente denominadas “actitudes lingüísticas”, a que prefiero referirme como *norma lingüística subjetiva* (o *axiológica*). Los cuestionarios aplicados en investigaciones de campo sobre normas lingüísticas subjetivas suelen incluir, legítimamente, la identificación de (pre)juicios lingüísticos que reflejan (pre)juicios sociales de diversa índole: por ejemplo, una variedad sociolectal es estigmatizada porque, en la comunidad de marras, lo está el grupo al cual se lo considera portador de ella. En cambio, el empleo de una grabación-estímulo en que se reconozca dicha variedad, con miras a elicitación de la actitud del informante con respecto a las *características de la persona* a quien imagina o supone “tras” la grabación-estímulo, no sería ya, a mi juicio, legítimamente sociolingüística, puesto que, en pureza, la actitud elicitada ya no será una actitud *lingüística*, sino de otra índole (social). La cuestión, aunque pueda parecerlo, no es trivial: se trata nada menos que de distinguir con nitidez lo *sociolingüístico* de lo que tal vez podamos llamar *lingüosociológico*. Tanto mayor es el peligro cuando nos adentramos en el laxo terreno del “análisis del discurso”, donde no es nada raro ser testigos del entremezclamiento de intereses y enfoques propiamente lingüísticos (*lato sensu*) con otros de carácter antropológico, sociológico, psicológico, culturoológico, semiológico, político, estético, ético, etc. Sucede aquí algo similar –aunque sin duda mucho más heteróclito– a lo que a menudo percibimos en el dominio de la sociolingüística: la atención a hechos lingüísticos en que inciden y se reflejan hechos no lingüísticos acaba por ser desplazada por la atención a los hechos no lingüísticos *per se*. La diferencia de principio, en que estamos aquí insistiendo, consiste en lo siguiente: a) *en un caso, nuestro interés es legítimamente lingüístico*: las características de la lengua, de su empleo y de las actitudes linguovalorativas pueden entenderse y explicarse mejor (o acaso únicamente) a partir de hechos exteriores; aquí, *el material lingüístico es el objeto de estudio*: ocupa centralmente nuestra atención y solamente apelaremos a lo que le resulta externo en la medida en que así lo demande el estudio de dicho material; b) *en el otro, el interés ya no resulta legítimamente lingüístico*: las características de la lengua, de su empleo y de las actitudes linguovalorativas

son aprovechadas para, a partir de ellas, entender y explicarse mejor ciertos hechos exteriores; aquí, *el material lingüístico no es sino una pista o indicio*: apelamos a él, ante todo, porque nos resulta de utilidad para alcanzar nuestro verdadero objetivo, a saber, un mayor y mejor conocimiento de hechos que le son externos.

La némesis de la linguopragmática, en fin, parecen serlo los llamados “actos perlocutivos”, que la vienen acompañando desde su gestación en el seno de la teoría de los “actos de habla”. Los “actos perlocutivos” no son otra cosa que hechos conductuales (los cuales podrán incluir o no incluir elementos lingüísticos): comportamientos de los receptores-intérpretes de los mensajes lingüísticos, ocurridos *a posteriori* del acto linguocomunicativo mismo, pero considerados como *efectos* (consecuencias, resultados) de los mensajes en cuestión. El fuerte regusto a conductismo —que nos recuerda las primeras páginas del *Language* bloomfieldiano— resulta inocultable: el antimentalismo conductista tendía, precisamente, a remplazar lo *semántico* por lo *pragmático*, en particular entendiéndolo en términos de *causa-efecto*, vale decir, en términos de “actos perlocutivos”. La inclusión de los “actos perlocutivos” entre los intereses de la linguopragmática y del análisis del discurso resulta, por decir lo menos, escandalosamente abusiva. Por ello mismo, empero, encierra una formidable llamada de atención sobre los peligros que acechan a unas nuevas disciplinas que —con todo derecho, por lo demás— exigen ser admitidas en el concierto de la (macro)lingüística.

- 12 En el primer caso, porque se confunde el *enfoque sistémico* propio de la lingüística estructural con una tendencia extrema desarrollada en su seno, de orientación marcadamente formalista e inmanentista, que sí resultaría sin duda caracterizable como estructuralismo lingüístico *stricto sensu*. La glosemática danesa y el distribucionalismo estadounidense podrían servirnos aquí como ejemplos; pero también, ¿por qué no?, el propio generativismo ortodoxo, al cual cabría reconocer sin mayores esfuerzos —pese a indudablemente relevantes diferencias epistemológicas— como legítimo heredero de dicha tendencia. En el segundo caso, porque la antes apuntada confusión conduce *ipso facto* a pretender ceñir el enfoque sistémico, y con él también el concepto de función, al “espacio” puramente intralingüístico (nuevamente aquí, pues, nos hallamos ante una visión inmanentista), pretensión que ciertamente vería como inadmisibles la trascendencia de dicho enfoque y de dicho concepto hacia lo que hoy día conocemos como el “contexto” sociocultural en que necesaria y felizmente se despliegan las lenguas.
- 13 Pagando tributo histórico a sus raíces bloomfieldianas (más inmediatamente: harrisianas), a lo largo de sus casi incontables y siempre esperables versiones sucesivas (de *Syntactic structures* al *proyecto minimalista*, mal traducido al español como “minimalista”, el cual a su vez incluye ya “sub-versiones”) el generativismo hizo de las “puras” estructuras sintácticas el meollo “productivo” de las lenguas y solo a muy duras penas ha venido progresivamente —y no sin la dolorosa confrontación

con desviaciones “heterodoxas”— haciéndole espacio mayor (aunque, cuando no ancilar, entonces subrepticio y “vergonzante”) al significado. Ha sido mérito incuestionable del generativismo el haber desarrollado y refinado de manera impresionante el análisis sintáctico, si bien subsumiendo en él (bastante indiscriminadamente, a mi entender) los aspectos morfológicos de las lenguas, lo cual podría explicarse ante todo por las peculiaridades estructurales del inglés.

- 14 E. Itkonen, en alguna de sus ocasionales intervenciones en la red cibernética de discusión de los givonianos (FUNKNET), ha apuntado que en ciertos aspectos los que aquí denominaré *neofuncionalistas* (para evitar confusiones, aunque ellos mismos se autodesignen “funcionalistas”) no se hallarían tan alejados como creen o pretenden de los generativistas. A dicha observación me parece que cabría agregar lo siguiente: si Chomsky “atrae” la lingüística hacia los dominios de las ciencias naturales al considerar el lenguaje como facultad biológica, Givón revaloriza hoy día al vilipendiado Schleicher, padre del “naturalismo lingüístico”, de inspiración darwinista, en el siglo XIX.
- 15 Tal vez sea este el modo como, en el marco de la lingüística estadounidense finimilenaria, se reflejan las consecuencias de la vieja polémica derivada del “tabú semántico” y el aséptico inmanentismo conductista de los bloomfieldianos. La ironía resulta aquí del hecho de que el generativismo, autoproclamado “enterrador” del legado bloomfieldiano, se nos revele ahora como, justamente, el depositario de ese legado.
- 16 En última instancia, el generativismo se agota en propuestas *descriptivas*, mientras que funcionalismo y cognitivismo aspiran a avanzar hacia propuestas *explicativas*. Aunque ello, como invariablemente sucede, lesione en mayor o menor medida su poder de formalización al ocuparse en los procesos y mecanismos que pretenden describir y explicar.
- 17 No es casual que actualmente se susciten en las redes cibernéticas de discusión especializada cuestiones como la del deslinde entre análisis del discurso y funcionalismo, ni que se interroguen los lingüistas acerca de la distinción entre *subdisciplina* y *escuela* (orientación teórico-metodológica en el marco de la disciplina). De hecho, las subdisciplinas antes mencionadas contienen un *núcleo teórico-metodológico* “subversivo” que nos invita a replantearnos los fundamentos mismos de la ciencia del lenguaje en su integridad, incluidas por ende las definiciones de partida en apariencia más “simples” y “atómicas”. Nos proponen, en suma, una “revolución copernicana”. O, como probablemente se preferiría decir hoy, tomando el término de nosotros, los lingüistas, un “cambio de paradigma”.